

A mi Maestro Malo.

Ahí estás, con tu porte y tu gracia, deslumbrando al personal. Oh dueño y señor de toda sabiduría. Que eres conocedor de la gran virtud de hablar horas y no decir nada. Que alardeas de tus méritos, constante e incansable, buscando la aprobación de los que ya conocen tus hazañas. Tú, que utilizas palabras que nadie más conoce, para demostrar tu inteligencia superior. No desfallezcas nunca, vive mil años. Necesitamos de tu figura, Atenea de Museo, con tu búho ya muerto y disecado. No permitas sangre nueva, aférrate a tu puesto, ganado con sudor y lágrimas de otros, no te renueves, no cambies. ¡Ni se te ocurra! Por el bien de todos nosotros. Sigue siendo desagradable, paga tus frustraciones con nosotros, fáltanos al respeto, desesperáanos, métenos miedo en el cuerpo. ¡Por favor! Buscamos tu desaliento, que nos acuchilles, que nos tomes por tontos, que nos sintamos ridículos y pequeños frente a tu grandeza. Crea malestares, cabezas gachas, miedo a hablar. Se las pesadillas de nuestros mejores sueños. ¡Haznos llorar! Queremos rabietas infantiles, tirados por el suelo, pataleando y llamando a mamá. Queremos que nos rompas cada una de las buenas intenciones que tengamos. Que soportemos tus innumerables manías, tus reproches sin sentido y tus enfados aleatorios. ¡Haznos doler!

Haznos doler, para que tu recuerdo dure siempre, y así aprendamos a no ser nunca como tú.